

En el paraninfo de la Universidad Central de Madrid, se celebra todos los años, al finalizar el curso, la tradicional fiesta vejatoria denominada del «rollo». La fotografía de arriba recoge el alborozo de los universitarios que, al terminar la última clase de su carrera, rodean jubilosos, al Decano de la Universidad. En la «foto» de abajo, un grupo de estudiantes ataviados con la toga y la beca del colegio hispanoamericano «Nuestra Señora de Guadalupe», rodean al profesor Dr. Cuadra.



LA FIESTA DEL ROLLO EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

La seriedad y el buen humor, lo solemne y lo jocundo, el espíritu actual y las mejores tradiciones estudiantiles, se fundieron en el punto final del último curso académico, feliz antesala de unas vacaciones veraniegas con el título en el bolsillo. En aquella coyuntura, fué despolvada la antigua y regocijante costumbre del vejamen, con el que hicieron gala de su ingenio, en los tiempos de la capa y la cuchara, tantas generaciones universitarias españolas.

Ahora, en el año 48 del siglo XX, correspondió a los recién licenciados en Derecho la resurrección de esta divertida tradición escolar.

Forman esta nueva promoción de abogados —ya célebre en la Universidad Central—, cerca de un centenar de estudiantes, de los cuales cinco son hispanoamericanos. Sus componentes son los mismos que en diciembre del año pasado —para celebrar el asueto navideño— organizaron la «fiesta del rollo». Disfrazados de personajes históricos, desde Justiniano y Gayo hasta Alfonso el Sabio, montaron también una pantomima burlesca de las Leyes de Toro —personificada por seis estudiantes vestidos de toreros—, y en bulliciosa procesión recorrieron los pasillos de la Universidad y calles adyacentes, mientras el Heraldo Mayor cantaba una jocosa letanía en latín macarrónico, que empezaba así:

«De catedráticos pesatis...»

Y los demás contestaban a gritos:

«Libéranos, Dómine.»

LA ADVERTENCIA Y EL CONSEJO

Mañana madrileña del último domingo de junio, con misa en la Facultad, oficiada por el decano, doctor don Eloy Montero. Ante el altar, levantado en el tramo central de la escalinata que tiene como fondo la lápida con los nombres de los profesores y alumnos que dieron su vida por la Patria ante los pelotones rojos, se agrupan escolares y catedráticos.

Después, un suculento desayuno en una de las aulas que sirvió muchas veces de cámara de tormento a los muchachos que ahora dan cuenta del yantar con óptimo apetito. Y a continuación, acto en el Salón de Grados, donde el doctor Montero pronunció su última lección. Habló con magistrales palabras, que fueron advertencia y consejo, a quienes de ahora en adelante van a servir a la Justicia. Y cuando al terminar, los hasta entonces sus alumnos, puestos en pie, le tributaron el homenaje de su cariño y de sus clamorosos aplausos, pudimos darnos cuenta hasta qué punto existe hoy real y verdaderamente, en la Universidad española, aquel antiguo «ayuntamiento de maestros y discípulos» que, según el Rey Sabio, es el fundamento de toda Universidad.

Aprovecharon los miembros de la promoción el momento de hallarse reunidos por última vez con el claustro de profesores, para testimoniar su gratitud, admiración y respeto a los que, a través de los cinco años de carrera, han sido sus guías y consejeros.



PASA LA ESTUDIANTINA

Al clamor de los aplausos sustituye un silencio expectante. ¿Qué es lo que ocurre?

Al estrado, lleno de catedráticos y adjuntos, sube uno de los muchachos recién licenciados. Es el prototipo del estudiante simpático y gracioso. Lleva en sus manos un impresionante manojó de cuartillas y, entre el regocijo general, se encara con los que fueron causantes de tantos sustos y angustias, y empieza a recitar las estrofas del «vejamen». Es ésta, como decíamos, una antigua tradición universitaria, por medio de la cual los estudiantes, en versos más o menos ripiosos, se metían con sus profesores.

Manuel María de Araluze, que tal es el nombre del vejaminista, comienza sin inmutarse:

«Revestíos de paciencia,
pues sois de carne y de hueso
—unos más hueso que carne—,
y en el mundo de la ciencia
unos sois gente de peso
y otros pesáis un adarme.»

El regocijo estalló de manera imponente. Cuando pudo hacerse oír, el coplero reanudó sus ripios para explicar que ya no era hora de alabanzas ni loas interesadas, sino de todo lo contrario, y solicita la venia para

«De una manera gentil
uno por uno yo os veje,
y uno por uno yo os deje
cual hoja de perejil.»

«Si no les parece mal
comencemos por primero.
Y en su espíritu torero,
comienza por Natural
el coplero.»

Y en cumplimiento de su amenaza se dirige al catedrático de Derecho Natural, don Mariano Puigdollers, que es también director general de Asuntos Eclesiásticos:

«Y en vez del Natural dejar bien explicado,
lo dijiste en la clase más bien sermoneado.»

Así, uno a uno, va recorriendo a través de cursos y asignaturas, a todos los profesores: Romano, Político, Económica, Canónico, Penal... Hasta que llega un momento en que los murmullos y el jolgorio apenas dejan oír la voz del lector. Es el instante en que tiene bajo su férula al catedrático de Derecho Internacional Público, don Antonio Luna, el cual goza en los medios universitarios de una celebridad por partida doble: por el número de muchachos que suspende todos los años, y por el número —un poco menor, pero no mucho— de sus hijos.

«Selene, diosa fecunda,
dió ejemplo al maestro Luna,
que engendró prole jocunda
tan larga como ninguna.
Fué sin duda su carrera
brillante como no hay tal,
y pasa su vida entera
«cargando» Internacional.»



Tiene singular teoría:
que hay que hacer del abogado
un conductor de tranvía,
que da mejor resultado
para nuestra economía.»

Le llega el turno al catedrático de Procesal, famoso por su guardarropa, uno de los mejor surtidos de la Universidad:

«El bueno de don Leonardo
está, como puede verse,
que no tiene qué ponerse
«pa» venir a San Bernardo.
Mil corbatas, cien sombreros
y doscientos veinte trajes,
forman el gran equipaje
que atiborra sus roperos.»

No hay duda, pues, que el titular de Procesal es un hombre elegante, pero su fama, al parecer, reside principalmente en las corbatas:

«Corbatas finas, surtidas,
corbatas de importación,
corbatas muy escogidas
de raso, yedra y nylon.»

Ya sólo queda por vejar el de Derecho Civil, don Ignacio de Casso y Romero. Todos los alumnos están pidiendo a Dios mentalmente que su compañero no se meta mucho con él. Pues... aunque ya están examinados de todas las asignaturas, faltan por salir las papeletas del Civil, y se teme que en caso de ser los versos muy duros, la «mortandad» sea general. Mas el coplero, previsor, astuto y cauto, se arranca así:

«Yo no soy pelotillero,
pero pulsando mi lira,
ésta no canta, suspira,
p'hablar de Casso Romero.»
.....
«Y con la «foto» sacada
vestidito de abogado,
pedimos a don Ignacio
¡por favor! el aprobado.»

Una ovación inmensa, como jamás se escuchó en los ilustres claustros universitarios, cierra la actuación del ingenioso estudiante. Ha terminado con ello la parte «non seria» de los actos. Y mientras los catedráticos pasan a revestirse, los alumnos quedan prisioneros —en recuerdo de la tradicional «encerrona»— en el Salón de Grados.

Recogemos en esta página cuatro aspectos de la fiesta universitaria: El Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional don José Ibáñez Martín, preside el acto acompañado del claustro de Catedráticos. El Magnífico Rector de la Universidad y el nuevo licenciado D. José Luis Herrero, pronuncian bellos y enjundiosos discursos. El estudiante peruano D. César Carrillo, recibe de manos del Rector la investidura de Licenciado.

INVESTIDOS QUEDAIS

Acaban de sonar en los cien campanarios de Madrid las alegres notas del Angelus. Son las doce del mediodía en el cielo alto y azul de Castilla. El Paraninfo de la Universidad Central está totalmente ocupado.

En el estrado presidencial, con el ministro de Educación, se sientan los representantes diplomáticos de algunos países hispanoamericanos, los miembros del Tribunal Supremo, los decanos de las restantes Facultades y demás jerarquías docentes invitadas al acto. Frente a ellos, los bancos permanecen vacíos aún. Pero no pasa mucho tiempo sin que sean ocupados por los miembros de la nueva promoción de juristas, que llegan a los sones de un pasacalle estudiantil que interpreta la Tuna, precedidos por la Comisión de Rúbrica formada por cinco catedráticos.

Todo cuanto pudiera haber existido antes de frivolidad juvenil y alegre expansión del ingenio, queda en suspenso. Como suspensas están las atenciones y las miradas expectantes. Va a comenzar el acto, siempre solemne, emotivo y hondo, de la investidura. Sobre la mesa de la presidencia hay un Crucifijo y unos Evangelios. Detrás, en un altar, la imagen de la Virgen. Delante, casi en el centro del estrado, el banco del «empononamiento» y la vieja espada de la Universidad de Alcalá, junto con un birrete y una toga.

El nuevo licenciado José Luis Herrero pronuncia, en nombre de todos sus compañeros, el discurso promocional, en el que habla del «gozo que sienten ellos, los jóvenes universitarios de la nueva España, al poder resucitar antiguas y hermosas tradiciones de las Universidades españolas y al poder demostrar, en comunión con los estudiantes hispanoamericanos, cómo desde la Universidad —universalidad— se forman las juventudes al grito alborozado de Dios y de Patria». Expone por último la tristeza que todos ellos sienten al dejar las aulas y termina con aquellas frases finales de «La casa de la Troya»: «No nos felicitéis, amigos, porque por mucho que lleguemos a ser, nunca más volveremos a lo que hoy dejamos de ser, nunca más seremos estudiantes».

En nombre del Claustro profesoral interviene el catedrático de Hacienda, don Vicente Gay Forner, que con palabra cálida y llena de cariño hacia sus discípulos, pronuncia una brillante oración de despedida.

Después de hecha la ofrenda de una placa de plata a la Facultad y de una bolsa con monedas a los bedeles, em pieza la ceremonia propia de la colación de Grados. Mientras los nuevos juristas se ponen la toga y se calzan los blancos guantes, el rector llama ante él a los estudiantes que van a ser investidos simbólicamente en representación de todos los demás.

Forman este grupo los peruanos César Carrillo y Enrique Torres-Llosa, el argentino César Lanfranchi y el español José María Desantes. También recibe el grado en este grupo el búlgaro Andrei Simeonoff.

Es en este momento cuando la ceremonia cobra su perfil más majestuoso y el punto culminante de solemnidad. Toda la concurrencia está en pie, cuando el rector les impone el birrete y les da el espaldarazo, que inviste a una nueva promoción juvenil del grado de Licenciados en Derecho por la Universidad Española. Las palabras rituales vibran graves y sonoras: «En nombre del Jefe del Estado español y por las atribuciones que me confiere, yo os invisto...»

Aun queda otra ceremonia de altas calidades espirituales y especial emoción: el voto de la Asunción y Mediación de la Santísima Virgen, que formula el grupo recientemente investido. Así es como la Universidad sigue, igual que en los siglos XVII y XVIII, pidiendo que sea declarado dogma el Misterio de la Asunción de la Madre de Dios.

Un discurso del ministro de Educación cierra el acto. Y después, las felicitaciones, el desfile y las sonrisas felices de muchos padres. Por última vez, lentos y sutiles como si quisiesen prolongar indefinidamente aquel momento, resueñan en la escalinata los pasos de los que ya no volverán a cruzarla en calidad de estudiantes...

Más tarde, se reunió toda la tropa estudiantil en un banquete de camaradería. Luego, siguiendo también una añeja costumbre, asistieron a la dominical corrida de toros invitados por la Diputación y por fin, a primeras horas de la noche, celebraron una simpática fiesta de gala, en la que los novatos juristas demostraron que si su competencia en arduas e importantes cuestiones había sido puesta de relieve durante el curso, no le iba a la zaga su sabiduría para las melodías modernas y los más complicados bailes entre asechanzas de semifusas y alaridos de trompeta.

Y he aquí como los universitarios españoles e hispanoamericanos, han resucitado felizmente una serie de antiguas y populares tradiciones hispanas.—TUNO,